

*CUADERNILLOS DE CULTURA Y
PATRIMONIO.*

NÚMERO 4

MAYO DE 2009



*PERSONAJES POPULARES
DE NUESTRA TIERRA.*

*LA ALHÓNDIGA DE ARÉVALO,
ASOCIACIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO.*

PERSONAJES POPULARES.

Este cuarto cuadernillo que publicamos, pretende ser una pequeña compilación de aquellos poemas y escritos que nuestros autores han dedicado en todo tiempo a esos personajes curiosos, simpáticos, graciosos, y siempre entrañables que nos han acompañado hasta hace no tanto tiempo y de los que, nuestros hijos; y ya no digo nuestros nietos; casi seguro, ni siquiera han oído hablar.

Vaya por ellos.

Nota: Muchos de los escritos que componen este cuaderno han sido sacados de los programas de ferias de Arévalo, preparados, presentados y coordinados por Julio Jiménez Martín (Julio Fonda), entre los años 1990 y 1998. Por el magnífico trabajo que has hecho, ¡Muchas gracias querido amigo Julio!

EL PIÑONERO.

Todos, todos los domingos,
martes y días Festeros,
desde Santa Rosalía,
hasta San Juan o San Pedro,
llegan a media mañana
procedentes de Montejo,
de Montuenga y de Espinosa
tres o cuatro piñoneros.

Son hombres de edad madura,
sencillos y discretos.

En la plaza *el* Arrabal,
frente a casa de Ferrero,
descargan sus borriquillos,
tienden la manta en el suelo
y van formando montones
de piñón dorado y seco.

Vienen siempre acompañados
de la mujer y de un perro.
Cabizbaja y pensativa,
ella, se queda en el puesto,
sentada sobre un costal
salpicado de remiendos;
y él, solícito y silencioso,
de piñón, llena el harnero,
se le cuelga de los brazos
y con las medidas dentro,
vocea frecuentemente:
¡Ha llegado el Piñonero!
y comienza a recorrer
calles, plazas y paseos
alabando sus piñones,
y meneando el harnero,
para que vea la gente
que son gordos y son buenos.

La primera expedición
la vendió en muy poco tiempo;
y triunfante y orgulloso
torna nuevamente al puesto,
vertiendo en la faltriquera
de su «adorado tormento»,
unas perras y pesetas,
con alegre tintineo.

Y... corre... y viene... y se va,
y se ríe, y toma el pelo,
a las parejas de novios
que se aman con «amor ciego»
o a los «*pollitos* merengues»
endiablados y traviosos.

Es un tipo popular,
alegre y dicharachero,
que estirándose hacia atrás,
pregona a cada momento
jadeante y animoso:
¡Qué ricos! ¡Tostaos y abiertos!

Su mercancía la vende,
con frases y con requiebros,
a la salida de misa,
en los bares y paseos,
en el frontón, en la «tasca»,
o donde impere el bureo;
pudiendo ver extrañados
a poquito que observemos,
cómo descascan piñones
personas de «*entendimiento*»
con un canto, con la boca,
con la *chaira*, o con los dedos;
deseosos de encontrar,
el grano ambarino y seco
bajo la agrietada cáscara;
grano, que le sirve al pueblo
de excelente aperitivo
y sano entretenimiento.

Compite con el percebe,
con la gamba y el cangrejo;
y aunque es poco lo que comes,
porque poco tiene dentro,
te ensucia las comisuras,
te inspira en los chicoleos,
en el idilio amoroso,
en el trato y en el juego,
te anima a beber cerveza
o el paliducho ligero
de los campos de la Seca,

de Rueda y Matapozuelos.

Es además de los niños,
el encanto y el consuelo
cuando aparece en la calle,
y oímos la voz de trueno,
retumbante y alargada
del típico **Piñonero**.

M. PEROTAS

UN MOZO EN LA FERIA

**Para que el uso del país acate,
deberá hacer copiosas libaciones
antes de acometer a los tostones
de la Fonda, Pinilla o Chocolate.**

**Se entregará al recorte y al regate
con astados de malas intenciones,
y en arrimar el cuerpo a los pitones
no querrá que le quite nadie el pate.**

**De noche, al baile irá; luego al encierro,
y, después de un trajín que tanto agota,
una o dos horas dormirá tan sólo.**

**Pero este mozo, duro como el hierro,
aún tendrá un desafío a la pelota
por la tarde, en la cancha de Marolo.**

Luís LÓPEZ PRIETO .

DON ALFONSO XIII Y EL “TÍO MALÓN” EL DE MONTUENGA.

Cierto día de la primer quincena de abril de 1904 cerró los ojos a la luz Doña Isabel II de Borbón, la reina desterrada por la revolución de septiembre; señora a quien llamó Galdós *«la de los tristes destinos»*. Acalladas las discordias de su reinado, y ya tan lejanas, murió en paz, en su palacio de París. Y de allí vino a su lecho de supremo reposo que la aguardaba en El Escorial.

A esperar sus restos llegó su augusto nieto a la estación de Arévalo en una clara y fresca mañana, tres o cuatro días después de aquella muerte. Acompañaban a Alfonso XIII don Rafael Gasset, ministro en aquella sazón -*quizá* de Agricultura- y contados personajes palatinos.

La triste comitiva distraía el tiempo que tardaría el convoy fúnebre y soportaba el picante vientecillo de la matinada paseando por el andén, pisando fuerte y hundidas las manos en los gabanes.

Pero antes de llegar el tren que conducía el cadáver de aquella noble señora que reinara tantos años entre turbulencias políticas, guerras civiles, pronunciamientos y asonadas, paralelamente a los raíles, se acercó, jinete en una borrica, un labriego maduro, de porte castellanísimo, cachazudo y risueño, que a pocos pasos del rey desmontó y se acercó, campante y franco.

-¿Cómo está usted?- preguntó al rey de España, tendiéndole la mano.

Don Alfonso, natural y regocijado internamente, correspondió al saludo, mientras el cortejo, entre sorprendido y jubiloso, presenciaba la singular escena.

-Bueno, señor -añadió el paleta-. *Usted no sabrá quién soy yo; yo soy el tío «Malón», el de Montuenga, que vengo a Arévalo a hacer unos encargos.*

Estrechó de nuevo la mano de Alfonso XIII, montó en la burra campechanamente, y volvió la esquina de la estación.

Quizá no olvidara nunca Don Alfonso el inesperado y pintoresco lance que puso una inevitable nota jovial en ocasión tan luctuosa, una breve tregua de risa en el cercano dolor, pues pocos minutos después entraba en agujas de Arévalo el tren que conducía a la reina desgraciada, y su nieto, Don Alfonso de Borbón y Habsburgo subió con la breve comitiva al furgón en que Isabel II dormía su último sueño...

Nicasio Hernández Luquero

Ángel, «El Bobo de Muñomer»

A mi modo de ver, de cuantos seres traté y observé resalta con rara personalidad un varón singular que nació y habitaba en un lugar de la llanura abulense llamada «La Morana», cuyo nombre es el de Muñomer. Al tal le nombraban Ángel, y le decían Ángel -con ese agregado por mote- «El Bobo de Muño-mer». Y yo pregunto ahora: «¿Bobo...?». Quizá llevase en su carácter, eso sí, algún extremado y hasta necio candor. «Dicen que la memoria -fabulosa en este ser- es el talento de los tontos.» Pero por su memoria privilegiada bastantes hombres alcanzaron cumbres sociales. Resucitemos su figura. Alto, recio, feo, desgarbado; de mucha y larga andadura; algo baboso, humano caracol, o, mejor, pino negral; por cobertura, alada y grasienta boina: abarcas o alpargatas en los pies, según pintase el tiempo, y sobre la pana deslucida y acuchillada del traje una especie de casulla que pasaba de las rodillas, hecha, acaso, de manta dejada de usar por algún labriego de su pueblo.

Ni qué decir tiene que, aparte de la faja, donde metía mendrugos de pan, la navaja y un rosario, hacían de alforjas un corto costal o talego viejo y mugriento, para el puchero, el bote, la cazuela de barro y la barrilla, y en donde iban a parar las limosnas alimenticias sólidas que «El Bobo de Muñomer» recibía en sus andaduras por las aldeas, villas y ciudades del septentrión abulense. Una cachava ayudaba a sus pasos. Visto, y hasta tratado, parecía una figura del Antiguo Testamento. O, según veremos, no andaba lejos Ángel el de Muñomer de tamaña semejanza.

Caía Ángel, generalmente, por los pueblos y villas, y aun en la ciudad arevalense, en cuanto desfallecía el almibarado otoño ante los primeros zarpazos de la invernada; es decir, por los Santos y las Animas, y eclipsaba su presencia al florecer los lilos, bien pasado San José, nuncio primaveral.

Una originalidad de este hombre moraño. No suplicaba limosnas. Se las daban, y sólo vivía de tales dádivas, que ya es decir. Hacía más aprecio de las alimenticias que de las monetarias. Y el pago de estos socorros por

amor a Dios, Ángel les pagaba regalando frutos increíbles de su memoria. Al decirle alguien que, por llamarse Saturnino «¿cuándo es mi Santo?», el de Muñomer, serio y tajante, sin vacilar, respondía: «El 11 de febrero es San Saturnino y San Alfredo». Ante el asombro del individuo de la pregunta, el otro se quedaba tan campante, como un oráculo. Acertaba siempre al responder a esas demandas, lo que equivale a decir que sabía, de memoria, todo el Santoral.

Andaba los caminos abulenses como si soñase. Si daban sus pasos en un pueblo cuando celebraba su función o fiesta mayor, al «Bobo de Muñomer» le recibían en amable cordialidad, y los cofrades y el Fiel de la cofradía del santo o de la santa que conmemoraban mostraban gran euforia y hasta algazara. Invitaban a Ángel a acompañarles en sus merendonas o tentempiés en la casa donde era aquel año el gasto. Y Ángel se hartaba de escabeche, tortilla y ensalada, o de bizcochos o bollos caseros. Y hasta, casi a la fuerza, le hacían apurar unos tragos de vino, pues era abstemio. Todos estos agasajos eran a cuenta de que aquella gente deseaba que «El Bobo de Muñomer» recitase, de memoria, el sermón que él y los demás oyeron al predicador en la Misa Mayor, en honor del patrón. Ángel, como si pregonase, recitaba la oratoria oída. La admiración estallaba en jolgorio y en bendiciones vinícolas.

Si «El Bobo de Muñomer» hallaba refugio, cuando la noche, en alguna casa del pueblo, le destinaban la caballeriza. Allí estaba tan calentito y tan gustoso, al lado de las caballerías. Quizá tomase aquel refugio por dormitorio agradable y hasta bendito. Y para su capote, tras las oraciones -pues era muy religioso-, diría: «También Jesús nació en una cuadra, al calor de animales domésticos. Y en una cuadra durmieron, aquella y otras noches, la Virgen María y San José».

Julio Escobar
De la revista *Tipos y Costumbres*.

LOS DIÁLOGOS DE NICOMEDES CON EL “TÍO” VIÑEGRAS.

Me acuerdo de un hombre que vendía a «real» el cántaro de agua. Traía en el «chaxi» de un carro de varas una cuba grande, sujeta a aquél con muchos alambres y cordeles, y una reluciente trompeta, que hacía sonar para anunciar su llegada. A mí me parecía entonces que venía de muy lejos, y yo suponía que el «tío» Viñegras era un hombre de otro mundo distinto al nuestro cuando le veía bajar por el camino del Pinarcillo sentado en la vara del carro, sujetando a duras penas entre él y su vieja mula el peso de la cuba, llena de agua.

De aquel agua tan rica de las fuentes de Machín, Bujeritos y Párraces, que brota bajo esas *zarzamoras* tan sabrosas, que nosotros algún tiempo después comíamos con avidez tras no pocos arañazos y de un alarde de valentía al atrevernos a ir más allá del Pinarcillo y de la Amaya.

Llegaba, como os decía, el «tío» Viñegras al *Teso Nuevo* pasando por delante de la puerta del «tío» Galeote, aquel matachín de cerdos tan alto y tan apretado como un ciprés, y hacía su primera parada frente a mi casa, donde casi todas las mañanas le esperaba el señor Nicomedes, ese hombre menudito con fueros de emperador, sobre todo cuando se trataba de guardar sus dominios (léase Paseo de la Alameda), que era su ilusión.

Juntos se tomaban un «perro gordo» de aguardiente de orujo, al mismo tiempo que discutían con verdadera pasión si las lilas o los lirios del Paseo habían florecido antes que los de Machín, o bien que la helada de aquella noche había sido mayor que la anterior, hasta el punto de que raro era el día que no se separaban sin decirse adiós por no haberse puesto de acuerdo. Pero era igual; a la mañana siguiente estaban otra vez juntos. Y así un día y otro día, hasta que el «tío» Viñegras dejó de venir con su cuba de agua y su trompeta reluciente.

Melchor García Muñoz

AL GAÑAN.

Cuando al alba,
arrebujado en la manta palentina
llegabas a la besana,
entumecidos los huesos,
con quebrantos en tu alma.

Cuando el arado bajabas,
cuando las cuerdas tendías
en la manquera ya helada,
cuando tus manos crispadas
tocaban en la madera...
¡Ay! Señor que encrucijada.

Maquinalmente salía
del interior de tu alma
una voz que en tu garganta
transmitía con nostalgia...
arre, mulo... adéntrate en la besana,
yergue los lomos y aprieta,
que poco a poco el arado,

va hiriendo ya despiadado
la tierra dura y espesa.

Resopla la yunta,
crujen el barzón y las lavijas tensas,
la tierra volteada deja olores abregos,
las manos del gañán se van templando,
al llegar a la linde
de la chaqueta se va despojando,
y ya pleno, entre sudor y lágrimas
desprendidas de la fría brisa,
en sus labios prietos se dibuja una sonrisa...
será Señor por los dones que se das y no se quitas.

Surco arriba y surco abajo,
ara y canta labrador como decía el poeta,
que tu misión en la Tierra
está escrita y está enhiesta,
no tengas miedo mañana,
que tu morada es el Cielo,
por lo grande de tu alma

Elias González

DON QUIJOTE POR TIERRAS DE LA MORAÑA

Después de varias jornadas de andanzas caballerescas por campos y pueblos de la Morana Alta y Baja no exentas de aconteceres: lances, duelos y quimeras. D. Quijote y Sancho, tullidos y cansados, deciden por unos días aposentarse en Arévalo. Cumplidos tales días y después de haber degustado la fama del cochinito y la hospitalidad de la ciudad, repuestos y pictóricos de nuevas aventuras y salidas. Un 5 de julio del año del señor 1605 deciden por unanimidad encaminar sus pasos hacia el caserío de "*Matamozos*", situado entre los términos municipales de Ataquines y Ramiro, en la provincia de Valladolid.

En esta nueva incursión, al contrario que en otras, no se suceden hechos dignos de mención que violenten o irriten al hidalgo caballero o sobresalten la tranquilidad del tozudo Sancho. Motivo por el cual el coloquio entre caballero y escudero se circunscribe a la belleza y tranquilidad del paisaje, roto si acaso por el monocorde canto de la insolente cigarra, que en los pinos marea, y también, cómo no, a las vivencias y ricas viandas consumidas en la ciudad de los Linajes... Por las riberas altas

del río Adaja, entre pinar piñonero camino de "*Matamozos*", cabalgan D. Quijote y su escudero; hace mucho calor; sobre la albarda del rucio Sancho plácidamente mecido se sestean.

D. Quijote a Sancho: «¡Espabila, glotón! Que aún dos leguas quedan para al caserío llegar; que no es bueno sestear con un cochinito en la barriga.»

Sancho a D. Quijote: «Excuse vuestra merced; pues en verdad os digo señor que jamás frecuenté mejor mesón ni yanté mejor lechón que el que atrás dejamos. Pues ni aún las ollas que Camacho cocinara en las bodas de Quiteria con Basilio supieronme mejor, que de tal lechoncillo los dedos aún me chupo.»

D. Quijote: «No, si razón no os falta, amigo Sancho, que por estos lares siempre de fama gozaron las bodegas, posadas y mesones, aunque menester es deciros una vez más, y ya van mil, que no sólo de ínsulas Baratarias ni de pan vive el hombre, que mientras vos la panza sin regla ni medida llenabais, a mí el espíritu me rebosaba en tan hidalgo ciudad. Con que apremiad el paso, ¡bribón!, que en la noche un buen puchero de estofado os espera; y a mí, mi señora la sin par Dulcinea.»

Segundo Bragado

EL TORDO DEL SEÑOR PRUDENCIO.

Voy a retroceder en el tiempo para contaros una anécdota que ocurrió en unas «*Ferías y Fiestas*» de hace, por lo menos, cincuenta años.

Como ya lo venía haciendo desde años atrás, llegó, al compás de la gaitilla y el redoble del tamboril, el Señor Prudencio (por llamarle de alguna forma y por serlo) cargado con todos sus cachivaches con los que sacaba «para ir tirando». Además, este año acudió con un pájaro tordo al que había educado pacientemente para que le ayudase en su labor y al que dio por llamar Moro.

Se instalaba el personaje en la parte baja del Arco del Alcocer, al lado de los demás carruseles y solía recogerse en la entonces popular taberna de Ignacio Serrano.

En la bulliciosa mañana del domingo primero de Junio, madrugó para ir a presenciar «*El novillo del Alba*». Antes se pasó por la referida taberna a encargarse a su dueña que le preparara para la comida un besugo, cosa en la que tenía la especialidad, aparte de que él no podía comer por razones de salud, cochinito que hubiese sido lo típico; además, muy amante de lo suyo, dejó encargada a la señora Leonor de tener cuidado con el gato no se fuera a zampar al tordo.

Después ambuló por las calles y plazas de Arévalo para ir adentrándose en el ambiente y disfrutar de él, pues son, quizás, los no habituados a ello quienes mejor lo degustan. (*Los propios lo sienten*). Estaba la mañana fresca, se notaba la brisa húmeda que subía del Adaja a la salida del baile «**La Esperanza**» y flotaban en el aire los olores tradicionales de churros, chocolate y aguardiente de orujo envueltos en risas y voces. Se encontró nuestro hombre entre el revuelo del típico encierro; vio a los mozos correr delante de los bravos novillos y a las chicas, desde la barrera, gritar y llamar la atención de los bichos. Presenció también la «*prueba de la casta*»: lucha del joven novillo contra los mozos. Luego, al terminar el festejo, regresó para preparar sus armas de trabajo.

Empezó como siempre, dando voces y rodeado de muchachos: *¡Señoras y Caballeros! ¡Prueben la suerte, lean su futuro! ¡Sólo por cinco céntimos! (de cobre, de hace más de medio siglo).*

El tenderete consistía en una caja cerrada y elevada por tres patas donde guardaba unas papeletas dobladas contando en ellas alguna cosa con la que quedar bien con todos. Entonces el pájaro, que estaba suelto, metía la cabeza por unos agujeros y con el pico sacaba la papeleta, siempre claro está, a la voz de su dueño que le indicaba si debía sacarla para señora, señorita o caballero. En tales papeles se podía leer algo así como esto: «*Siendo usted tan bonita le saldrá enseguida novio*» o «*Este año recogerá una buena cosecha*». O algo más extenso relacionado con la salud, el amor o los bienes materiales.

A la tarde temprana, cuando todo volvía a tener más animosidad y las gentes incessantes participaban en todos los carruseles que funcionaban continuamente, notó el señor Prudencio que Moro no trabajaba como otras veces, que estaba distraído.

Pensó el buen hombre si estaría enfermo o asustado. Pero no.

Ocurría que por encima de ellos, en lo alto del histórico Arco, había otros pájaros de su especie y al oírles piar se sintió atraído por ellos; luego quiso verlos y, sin licencia de su amo, hasta allí voló. El Sr. Prudencio y todos los que estaban allí esperando su «horóscopo» miraron asombrados como el tordo volaba hacia arriba.

Después de un rato y viendo que no volvía, el buen señor comenzó a llamar a quien tan cuidadosamente había adiestrado y en quien había puesto toda su ilusión, acompañado por la chiquillería allí agrupada que hacía de la llamada un soniquete.

« *¡Moro! ¡Moro baja; que eres mi ruina!* »

Pero a Moro allá arriba le debieron profesar un buen recibimiento y de seguro que al verlo tan gordo y lustrado alguna tordita le dio el pico, pues no bajó.

Prefirió, en vez de cooperar en ellas, ver libremente desde lo alto las espléndidas Fiestas en su completo apogeo; panorámicamente.

Antonio Donis Martín

EL CORREDOR DE GRANOS.

La plaza del Arrabal,
plaza que antaño se abrió
en terrenos de extramuros,
va adquiriendo aquel sabor
que la dieron los mercados
y la guerra se llevó
Cada martes, hay más carros,
más tipismo y tradición
más cereales, más pan,
más ambiente y más color.
Ya va formando la gente
aquel inmenso cordón
del ferial a «Chocolate»
y del Real, al Salvador.
Ya van reapareciendo
la «señora» del telón
con la fiera de seis patas
y el crimen de Badajoz;
los ajeros de Palacios,
el ciego del acordeón,
el subastador de fajas,
y aquel otro vendedor
de navajas de Albacete
y palomas de cartón.
Puestos fijos, tenderetes,
pregones de ronca voz.
La astronomía del año,
Las delicias del amor.
A cuarenta la novela.
Coles de Martimuñoz.
Voces, gritos, competencias,
y un verdadero aluvión
de tipos y personajes
que al mercado dan vigor,
y le dan, lo que tenía,
prestigio y animación;
pero le falta una cosa,
una cosa de rigor,
le falta aquel tipo honrado
que se llamó el Corredor,
encuadrado en los Cermeños,
los Bragados y Tostón.
Recuerdo en mis mocedades,
haber visto al corredor,
en las entradas del pueblo

resguardado en un rincón
esperando a que llegara
el paciente agricultor
que venía a los mercados
a vender su producción.
Acercábase a los carros
atento y saludador
y con la «muestra» en la mano,
y entre la faja un montón
de taleguillos con trigo
o con garbanzos ad hoc,
partía orgulloso y serio
en busca de comprador,
que solían ser entonces,
Julián González, Rioz,
Maroto, Amallo García,
los Jiménez, Tejedor,
Ortigosa, Miguel Gil,
Juárez, Gerardo, Muñoz
y otros que se dedicaban
a la libre exportación
de nuestros ricos productos,
con más o menos fervor.
Su privilegio exclusivo,
v su única misión,
era orientar al cliente,
Y exponer al comprador
planes, razones e ideas
hasta hacer la operación.
El tipo era genuino,
era un tipo alternador.
Era inteligente en trigo,
y en garbanzo, profesor.
Sabía «ver» la cebada,
la lenteja y el piñón,
pero el orundo progreso,
cada día más feroz,
empezó a darle codazos
con ímpetu arrollador
y a despreciarle iracundo,
tirando al triste rincón
de las miserias humanas
al rumboso CORREDOR.

MAROLO PEROTAS

VENDEDORES AMBULANTES Y PREGONEROS DE AYER.

Allá por el año veinte
se daban los pregoneros
como la hierba en Asturias,
o como en Bilbao el hierro.
Todo se vendía a gritos
en nuestro castizo pueblo.
Recordemos unos tipos
populares y grotescos.
Después de cantar la hora
de retirada el sereno,
aparecía en la calle
un chaval sucio y travieso
apodado Robaduros
voceando a cuatro vientos:
«¡Dos a la perra chica, dos!»
«¡Que van calientes, el churrero!»
y empezaba a despertar
a mi silencioso pueblo
con su dulce soniquete
y su voz de rapazuelo.
Seguidamente actuaba
Nicolás el panadero
con un cesto a la cabeza
y el pechazo al descubierto
daba aire a sus pulmones
repetiendo «¡Panadero!»
Criadas y amas de casa
abandonaban el lecho
a la timbrada laringe
del barítono lechero;
y de potencia a potencia
gritaban los carboneros
procedentes de palacios
de la Nava o de Montejo.
¡«Leña Albar! ¡Cisco de pina!»
¡«Socaos y serojas llevo!»
y tiraba calle abajo
detrás del borrico negro
Otro buen despertador
era Moya el sartenero,
con el mango la sartén
y su martillo andariego
interpretaba una jota,

o un pasodoble torero.
¡«Vecinas! ¡El Leñador!»
«¡Cubos, cazuelas, barreños!»
y seguía su «Tocata»
bajo el limpio azul del cielo.
Garganta privilegiada
era la del barquillero,
que gritaba en los Delcalzos
y se le oía en San Pedro
¡«Al rico limón helado!»
¡«Hoy si que lo llevo bueno!»
No podemos olvidar
por su garbo y su salero
a la Señora Benita
vendiendo «¡pescado fresco!»
con aquella voz magnífica,
con aquella voz de trueno.
Batía el campeonato
con sus dichos sandungueros
el Señor Paco El Florista,
andaluz de nacimiento,
mucho agradaba a la gente
aquél pregón zarzuelero:
«¡Plantas, rosas y claveles!»
«¡Flores y claveles vendo!»
Y chillaba el tío Batían
que además era perrero.
Mastines, dogos, pachones,
lanudos y perdigueros
en cuanto le olfateaban
empezaban los conciertos;
y aquél señorito Pablo
troglodita y picaresco
voceando «¡La llanura!»
con las «cosas» del Concejo.
Y lanzaban «alaridos»
e interrumpían el sueño
a infantes y a perezosos
los gritos de los cocheros
del Hotel del Pajarito
y la Fonda del Comercio,
las heroicas tiñosillas,
el zumbo del marranero,

la gaita del aguador,
 el silbato del cartero,
 el redoblante del Muni
 y otros raros instrumentos;
 pero daban a la calle
 un carácter pintoresco,
 una expresión fuerte y viva
 y un típico y alegre aspecto.
 «El pregón ya no se lleva».
 Hoy la industria y el comercio

anuncian sus mercancías
 por otros procedimientos.
 Ya nadie se desgañita,
 ni nadie toca el cencerro,
 en los tiempos que corremos.
 Hoy, el despertador del pueblo
 es el camión de la basura
 del ilustre Ayuntamiento.

MAROLO PEROTAS

EL PIÑONERO

Montuenga, de la tierra segoviana,
 e hijo de Montuenga el piñonero
 que vende sus piñones con desgana
 mientras mira nostálgico el harnero.

"¡Tostaos y abiertos!" ..., clama el pregonero,
 porque ve que en su tierra castellana,
 hacia los girasoles va el dinero,
 antes pipas del loro y la georgiana.

¿El piñón es lascivo e incitante?
 ¿No habla de boda el novio en este instante,
 al abrir los piñones su navaja?

Si es hombre serio y buena persona,
 y la novia no es una papona,
 ¡que no desaproveche esta ventaja!

JULIO ESCOBAR

EL AJERO

Hoy, autos. Antaño, carros, tartanas...
 Bajo Alcocer vende ajos el ajero.
 No quiere pregonar su origen,
 pero ajos y el hombre son de Las Berlanas.

Pausado y sobrio, todas las mañanas
 del martes es el vendedor primero,
 del Real al Arrabal, que en su rimero
 ajoba bulbos sin las barbas canas.

¡Y como ofrece esta mercancía
 el buen hombre de tierra morañega!
 Por su actual precio, piensa es un tesoro.

Al alargar las ristras, yo diría:
 "Más que ajos, parece que entrega,
 con un gesto imperial, Toisones de Oro".

JULIO ESCOBAR

LA ALHÓNDIGA DE ARÉVALO,
ASOCIACIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO.

Apartado 92
05200 ARÉVALO

